



## El sentido cristiano de la libertad

*Ricardo Cardenal Blázquez Pérez*

La libertad es una dimensión relevante de la dignidad del hombre, que con razón valora altamente y defiende incluso con riesgo para su vida. “La libertad vale como todos los tesoros de la tierra. Merece la pena morir por ella” (Jenofonte). “La verdadera libertad es signo eminente de la imagen de Dios en el hombre” (*Gaudium et spes* 17). “Jamás tuvieron los hombres un sentido tan agudo de su libertad como hoy (Ib. 45, cf. *Dignitatis humanae*, 1). “Al principio Dios creó al hombre y lo dejó en poder de su propio albedrío” (Eclo. 15, 14). El hombre tiene la facultad natural de elegir, de disponer de sí mismo sin depender de otros, de decidirse a hacer esto o lo otro, a obrar de una manera u otra. Es verdad que en el ejercicio de la libre elección debe liberarse de amenazas interiores y exteriores que acechan contra su libertad. El hombre tiene diariamente la misión de realizar lo que es, de afirmar incesantemente su libertad. Sé lo que eres. Vive a la altura de tu dignidad. Por ser libre es responsable ante Dios, ante sí mismo y ante los demás de sus acciones. Dios ha creado al hombre libre y respeta su libertad; quiere ser servido no por esclavos sino por personas libres. Dios mismo se ha expuesto al uso de la libertad del hombre, que puede desconfiar de Él y desobedecerle. (cf. Gén. 3, 1 ss; 4, 7; Ez. 18).

Suponemos en lo que más adelante diré el libre albedrío, que pertenece al ser humano, varón y mujer, creado por Dios a su imagen y semejanza (Gén. 1, 27). Por su condición de imagen de Dios está llamado a dominar sobre todas las criaturas con respeto de Dios, su Creador.



El Papa emérito Benedicto XVI dijo en Santiago de Compostela: “Es una tragedia que en Europa, sobre todo en el siglo XIX, se afirmase y divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad”. El ateísmo moderno pretende que el hombre libre sea fin y demiurgo único de su historia, excluyendo el reconocimiento de Dios como autor y fin de todas las cosas (cf. *Gaudium et spes*, 20).

### **1.- Libertad e hijo pródigo**

Por lo dicho se comprende que el sentido de la libertad es radicalmente distinto si se la enfoca al margen de Dios, o si cuenta con el Misterio sagrado en que se fundamenta el hombre y al que se remite. Nosotros, como indica el título de la conferencia, tratamos del sentido de la libertad cristiana, es decir, de la libertad considerada a la luz de la Palabra de Dios y recibida en la comunión con Jesucristo nuestro liberador. No nos detenemos en la libertad religiosa ni en la libertad socio-política.

El marco en que desarrollamos el sentido de la libertad cristiana es la parábola del “hijo pródigo”, llamada así desde la Vulgata; o del “hijo perdido”, como dice el mismo texto evangélico (cf. Lc. 15, 24-32); o mejor aún la parábola del “Padre bueno” o del “amor del Padre” (J. Jeremías); el padre ocupa el puesto central y es el auténtico protagonista que espera y acoge al hijo perdido, y sale e intenta persuadir al hijo mayor para que entre en la fiesta del gozo por el retorno de su hermano. Es el padre de los dos a los que quiere aproximar fraternalmente.

Es y la obra maestra de todas las parábolas de Jesús. Describe a los tres personajes con rasgos vigorosos y hondamente humanos. Con esta parábola y las dos precedentes, justifica Jesús el anuncio de la Buena Nueva a los excluidos



frente a sus acusadores. Es el Evangelio de los despreciados por los escribas y fariseos (cf. Lc. 15, 1-2). El comportamiento del padre, que no se cansa de esperar, que se alegra con el retorno del hijo perdido y le restituye en la condición filial, avala la conducta de Jesús, que acoge a los pecadores y come con ellos. Al hermano mayor le pareció excesivo tanto el perdón del pródigo que había derrochado su herencia como la magnificencia de la fiesta. Él se creía irreprochable, se enfrentó con el padre y le echó en cara no haberle dado ni cabrito para comerlo con los amigos. ¡Vivió en la casa del Padre como un extraño y como un criado!

El contraste entre el comportamiento de los dos hermanos, en que se reflejan por una parte los escribas y fariseos y por otra los publicanos y pecadores, y la bondad del padre que transparenta Jesús, muestran la novedad del Evangelio. Dios es así, Dios actúa así. Dios es misericordia ilimitada que desborda los cálculos razonables ante el hijo perdido y ante el hijo cumplidor. El Evangelio anunciado, vivido y personalizado por Jesús se perfila en esos contrastes. No sólo en esta preciosa parábola sino también en otros lugares evangélicos, la confrontación de dos tipos de personajes manifiesta la originalidad del Evangelio, que es Jesús en persona. Los siguientes pasajes muestran ese contraste: La parábola de los dos deudores (cf. Lc. 7, 41-42; Mt. 18, 21-35), la del fariseo y el publicano (cf. Lc. 18, 9-14), la parábola de los dos hijos (cf. Mt. 21, 28-31), el discurso de las bienaventuranzas y advertencias (cf. Lc. 6, 20-26), el juicio final (cf. Mt. 25, 31-46).

El mensaje de Jesús es anuncio de salvación, en el reverso es denuncia de los que se resisten a recibirlo y es renuncia dirigida a todos. El Evangelio interpela radicalmente a la persona, llamándola a la conversión y advirtiéndola del riesgo



Equipes Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro  
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

**Fátima 2018**

*16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio*

---

de perdición definitiva. “El principio fundamental de la relación de Dios con el pecador es que Dios ama al pecador aún en su situación de pecado, es decir, incluso *antes* de que se convierta; es más, en cierto modo, lo que realmente hace posible la conversión es ese amor divino” (T. W. Manson y Joseph A. Fitzmyer). Dios ha tomado la iniciativa y nos ha amado primero (cf. 1 Jn. 4, 9-10. 16). La persona es emplazada a la conversión, posibilitada por la gracia del Evangelio; y se le advierte también del riesgo de perdición si se resiste a ver con sus ojos, a escuchar con sus oídos, y entender con su corazón (cf. Mt. 13, 10-15). Solo los sencillos comprenden los misterios del Reino de Dios (cf. Lc. 10, 21-23). “Lo más importante se ve con el corazón”. (*El Principito*).

El sentido de la libertad, según el ciclo de conferencias de este Encuentro Matrimonios, se pone en conexión con un versículo de la parábola del hijo perdido: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna” (Lc. 15, 12). El hijo pequeño toma la decisión de huir de la casa paterna. Quiere hacer una ventura; está cansado de la vida en la familia. Libremente orienta su vida por los caminos de la perdición. Somos libres, pero no conviene cualquier elección concreta, ya que podemos elegir entre la vida y la muerte, la bendición y la maldición (cf. Gén 2, 15-17; Deut. 11, 26-28). La libertad puede lograr a la persona si elige el bien, o malograr a la persona si elige el mal. No se deben separar el ejercicio de la libertad, la verdad y el bien. El hombre con su elección no determina lo que es bueno o malo, ya que la libertad del hombre supone la voluntad de Dios y el orden de la creación.

No entra dentro de la intención de la parábola plantear la cuestión jurídica de si el hijo puede exigir al padre la parte de su herencia y si el padre debe acceder a dársela. La comprensión del sentido de la parábola no exige



necesariamente la colaboración del derecho. En aquella situación había dos formas de transmisión de los bienes de padre a hijo: Por testamento o por donación en vida con las precisiones correspondientes (cf. Deut. 21, 17) (J. Jeremías).

Una vez convertida la herencia en dinero, el hijo se marcha de casa a un país lejano. Los trazos de la narración van marcando la postración cada vez más honda del hijo y la degeneración más destructiva de su libertad; pensando ser libre se hace cada vez más esclavo. Sin querer generalizar la parábola del Padre bueno y del hijo pródigo y perdido, ni difuminar lo singular del Evangelio de Jesús, podemos descubrir en ella aspectos básicos y muy elocuentes de la vida humana y de la familia, como la libertad y la responsabilidad, la aventura y la desviación, la enajenación y la despersonalización, la nostalgia y el retorno, la petición de perdón y la reconciliación, el dolor de la separación y el gozo del reencuentro. La parábola es una magnífica defensa del mensaje salvífico de Jesús; y contiene toques muy finos de psicología humana en la caracterización de los tres personajes. Nos muestra intensamente al Dios misericordioso, al hombre mísero y al hombre miserable; al Dios insospechadamente bueno, a la persona degradada y al hombre despiadado.

¡Cuántas veces bajo el nombre de libertad se esconde una esclavitud oprimente! La libertad es un don, un camino y una conquista diaria; ser libre comporta la liberación de muchas ataduras y la disposición el dominio propio y al servicio de los demás. La libertad caprichosa y arbitraria es en realidad falta de libertad.

La libertad humana integra diversas perspectivas e ingredientes. Es ante todo capacitación básica del ser humano para su realización como persona; la



libertad humana es también histórica ya que a través de las acciones libres se acrisola, arraiga y fortalece. Si el individualismo es refractario a la socialidad, persona y comunidad se enriquecen mutuamente. La libertad califica la persona singular e irrepetible, que nunca puede diluirse ni en su egoísmo y ensimismamiento, ni en la exterioridad del ambiente y el dominio técnico. Aunque la libertad del hombre es siempre libertad condicionada y limitada por ser creatural<sup>1</sup>, no obstante, la persona libre no es medio para otra cosa; la dignidad inalienable de la persona es inseparable de la libertad de la que no puede ni debe abdicar.

En el cristianismo la libertad tiene dimensiones nuevas; por ser libertad otorgada por Dios al hombre creado a su imagen, es siempre una libertad, que en la obediencia a Dios no se niega sino se afirma a sí misma; es una libertad herida, no anulada por el pecado; es una libertad rescatada por Jesucristo y el Espíritu Santo. La libertad cristiana es una libertad que el hombre recibe como don del Señor. Unido a Dios puede fructificar su libertad en el amor. “Sólo desde el amor / la libertad genuina, / sólo desde la fe / van creciéndole alas” (Himno litúrgico). El hombre que ama a Dios se identifica por el amor con la voluntad de Dios y sus mandamientos (Max Müller).

## ***2.- Libertad del pecado, de la ley y de la muerte***

Nuestra vocación, camino y dignidad es ser libres. “Para la libertad nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud” (Gál. 5, 1). “Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilizéis la libertad como pretexto para la carne; al

---

<sup>1</sup> NOTA PARA LOS TRADUCTORES: *CREATURAL* QUIERE DECIR PERTENECIENTE O RELATIVO A LAS CRIATURAS, O SERES CREADOS



Equipes Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro  
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

**Fátima 2018**

*16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio*

---

contrario, sed esclavos unos de otros por amor. Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál. 5, 13-14). La obra de Jesús, muerto en cruz y resucitado, libera al hombre del pecado, de la ley y de la muerte. El nombre de la salvación es también liberación, redención, reconciliación, vida nueva. Israel que fue liberado de la esclavitud de Egipto, que entendió el retorno de la cautividad de Babilonia como un nuevo Éxodo, esperaba al Mesías como el liberador prometido por Dios.

La misión de Jesús se resume con palabras del profeta Isaías (61, 1-2) en lo siguiente: “El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc. 4, 18-19). En forma de acción de gracias cantará Pablo: “Dios nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados” (Col. 1, 13-14). Jesucristo es el “verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo, muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró la vida” (Prefacio pascual). A la cruz levantada en medio de la asamblea cristiana podemos cantar: Por el árbol del Paraíso somos esclavos, por el árbol de la cruz somos libres (“*Per lignum servi, per te, lignum, liberi*”). Son palabras de un himno en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz).

“Libertad en el Nuevo Testamento viene entendida como libertad del pecado (Rom. 6, 18-23; Jn. 8, 31-36), de la ley (Rom. 7, 3 s.; 8, 2; Gál. 2, 4; 4, 21-31; 5, 1. 13) y de la muerte (Rom. 6, 21 s; 8, 21)” (H. Schlier). La liberación operada por Cristo, anunciada en la proclamación del Evangelio, actualizada por el Espíritu Santo y recibida a través de la fe y del bautismo, nos libera de esos



tres poderes que tienden a esclavizarnos: El pecado, la ley y la muerte. Los tres poderes están entre sí vinculados y ejercen su dominio oprimiendo. Seguramente es necesaria una detenida explicación antropológica para ser adecuadamente entendidos en nuestra existencia personal y en nuestra cultura. Las mismas cartas de Pablo, que ampliamente exponen el pecado, la ley y la muerte tanto en la esclavización del hombre como en la liberación realizada por Cristo, requieren una atenta lectura. La riqueza de contenido y la complejidad en su comprensión van unidas. Aquí sólo podemos esbozar algunas breves consideraciones.

La liberación de la ley no es sinónimo de antinomismo<sup>2</sup> ni vía abierta al capricho, no es apoyo de un subjetivismo desembridado ni cesión a la inclinación del momento (cf. Rom. 3, 8; 6, 1. 15). La libertad regalada por Jesucristo no es licencia para pecar ni libertinaje (cf. Gál. 5, 13; 1 Ped. 2, 16; 2 Ped. 2, 19; Judas 4). El cristiano es libre y ha sido liberado por Cristo; no es un libertino que defiende y vive sin ley. A la vista de lo que hemos leído en la carta a los Gálatas, podemos comprender el sentido de la liberación de la ley en conexión con el amor. En el amor queda incorporada y asumida la intención de la ley, que tiende a concretar la voluntad de Dios. El que ama a Dios y a su hermano cumple la ley (cf. Mc. 12, 28-34). “Quien no ama está cautivo / y ajeno de libertad”. “Vos fuisteis la libertad / de nuestro gran cautiverio” (Sta. Teresa de Jesús, *Poesía* 18). Por ejemplo el esposo que ama a su cónyuge no necesita repasar diariamente la lista de sus obligaciones matrimoniales; incluso podemos afirmar que no es el mejor indicio de la vida concorde en el matrimonio si tienen que recurrir a la defensa de sus derechos ante un juez. El amor se sitúa en la raíz del dinamismo

---

<sup>2</sup> NOTA PARA LOS TRADUCTORES: ANTINOMISMO ES LA CREENCIA DE QUE LOS CRISTIANOS SON LIBERADOS DE OBSERVAR LAS LEYES MORALES, CUANDO LA GRACIA DE DIOS ESTA ACTIVA.





Equipes Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro  
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

**Fátima 2018**

**16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio**

---

del cumplimiento de la ley. Cuanto más auténtico es el amor, mejor se guardan las obligaciones matrimoniales; cuanto más vivo es el espíritu más perfectamente se cumple la letra de la ley. En este sentido podemos comprender aquel dicho: *“Dilige et quod vis fac”* (“ama y haz lo que quieras”). El amor no conduce a dañar ni a traicionar al cónyuge sino a amarlo entrañablemente y entregar la vida por él. Por ello, podemos decir que la libertad culmina en el amor y nos hace siervos de los demás (cf. 1 Cor. 9, 1-19; 10, 23 ss.).

Libertad cristiana, acción del Espíritu, Ley de Cristo, Evangelio, Bautismo, Amor... son realidades que en su íntima conexión nos ayudan a comprender la liberación en todo su alcance. Para cumplir la ley divina con sus prescripciones y prohibiciones, el cristiano sigue la “Ley de Cristo” (Gál. 6, 2; cf. 1 Cor. 9, 21); o la “Ley de la fe” (Rom. 3, 27), que actúa por la caridad (cf. Gál. 5, 6), que es “Ley del Espíritu” (cf. Rom. 8, 2). Debemos actuar como quienes van a ser juzgados por “una ley de libertad” (Sant. 2, 12). Los cristianos no hemos recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor sino un espíritu de hijos de Dios para vivir en libertad filial (cf. Rom. 8, 15). “Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos y cumpláis mis mandatos” (Ez. 36, 26-27). La vida en libertad discurre caminando “según el Espíritu”, que es el nuevo ámbito y como el motor de la existencia creyente, frente a la vida “según la carne” que significa la frágil naturaleza humana en cuanto alejada de Dios. Los dos principios opuestos –el Espíritu y la carne- producen frutos contrarios, que manifiestan si la persona es libre y camina en la libertad o vive bajo la esclavitud (cf. Gál. 5, 16 ss.).



Hay realidades que amenazan dominar a la persona y esclavizarla. Algunas son nombradas en el Nuevo Testamento, otras en nuestro tiempo han adquirido un poder devastador. No podemos servir a Dios y al dinero (cf. Mt.6,24), ya que la avaricia es una idolatría (cf. Col. 3,6); los placeres ejercen a veces un dominio despótico (cf. Gál. 5, 19-21). Hoy podríamos aludir a las adicciones a las drogas, y al juego. Cuanto más ceda el hombre a esos poderes, más le esclavizarán, humillarán y degradarán. Se ve el hombre como atraído por el bien que desearía hacer, pero el mal se le impone (cf. Rom. 7,15-25).

Para la renovación de las promesas bautismales en la Vigilia pascual pregunta el sacerdote a los fieles: “¿Renunciáis al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?” En esa noche santa, animados por el Espíritu de Jesús vencedor de la muerte, los bautizados prometen solemnemente vivir como hijos de la luz, del amor y de la libertad.

El pecado paga con muerte (cf. Rom. 6, 20-23). Separados de Dios, que es el principio de la vida, estamos interiormente muertos. Con una densa expresión que incluye las realidades opresoras de las que nos libera nuestro Señor Jesucristo, escribió Pablo: “El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley” (cf. 1 Cor. 15, 56. 5). La muerte, de cuya inexorabilidad tiene un saber previo cada persona, ejerce sobre la vida humana un influjo en forma de temor, de oscuridad, de opresión. Sin integrar la muerte en la existencia del hombre, éste camina en un horizonte de limitación esclavizante; por más que quiera evitar la perspectiva de la muerte con el poder sombrío que ejerce sobre la vida, por más que el hombre intente sustraerse a ese influjo mirando para otra parte o distrayéndose, le resulta imposible, se le impone inevitablemente el pensamiento de la muerte. Esto que ya fue percibido con claridad en el



helenismo: “Llegar a ser libre significa ante todo librarse del miedo a la muerte” (H. Schlier), la Carta a los Hebreos lo formula en la perspectiva cristiana: “Jesús participó de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos (2, 14-15). Es una asección tan profunda como certera.

La libertad de los hijos de Dios ha irrumpido ya en el presente del cristiano, pero esperamos su plenitud gloriosa (cf. Rom. 8, 14 ss.). El Espíritu Santo nos rescata diariamente de la inclinación a la esclavitud ya que “donde está el Espíritu del Señor, hay libertad” (2 Cor. 3, 17). El Espíritu es al mismo tiempo principio de libertad, de amor y de unidad en la vida del cristiano, de la familia y de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo.

### **3.- Libertad cristiana y familia**

Pablo y Juan son los grandes maestros de la libertad cristiana en el Nuevo Testamento; después de habernos detenido en las cartas de Pablo, recojamos algunas enseñanzas fundamentales del evangelista Juan.

En uno de los discursos, con polémica incluida, dirigido a los judíos les interpela sobre la verdadera libertad. “Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis y la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8, 31-32). La verdad que libera al hombre es la revelación de Dios por Jesucristo en su Espíritu; no basta, como decía el judaísmo: “La Torá es la verdad y su estudio libera al hombre”, ni menos la liberación que pensaban los zelotes rebelándose contra Roma a través de la violencia. La permanencia en la verdad anunciada por Jesús es la fuente inagotable de la libertad. La verdad y la libertad no se deben escindir, pues se



destruirían recíprocamente. La libertad sin verdad es engañosa; la libertad cristiana es verdadera, consistente y auténtica. Verdad, libertad, fe, seguimiento de Jesús como discípulos se interaccionan. La libertad no es un principio formal hueco; libremente podemos elegir el mal, malogrando así la vida; y libremente podemos elegir el bien verdadero, realizando de esta manera la vida en su autenticidad.

Permítaseme recordar brevemente el concepto de libertad y su manera de vivirla en el Estoicismo, que a veces tuvo resonancias en grupos y orientaciones del Cristianismo. Ser libre significa que el hombre en el tumulto del mundo se refugia en su interior. La palabra clave es *ataraxia*, que significa vivir en quietud, controlando los afectos, hasta el miedo a la muerte. Los estoicos aspiran a vivir con ecuanimidad, imperturbabilidad, “conforme a la naturaleza”, apaciguando las pasiones con la fuerza de la razón. La libertad dirá Epicteto, es “atarasia” o “apazeia”. Esa libertad sería la base de su felicidad.

A continuación asevera Jesús a los judíos reafirmando sus anteriores palabras: “En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres” (Jn.8, 34-36). Jesús, por ser el revelador del Padre en cuanto Hijo encarnado, es también el mediador de la auténtica libertad. Hay una mutua implicación: entre Hijo y libertad, hijo y casa-familia. Jesús alude a cómo Abraham despidió a la esclava Agar y a su hijo (cf. Gén. 20,10; Gál.4, 30-31). Los cristianos somos descendientes de Abrahán por Sara la mujer libre y por Isaac, el hijo de la promesa. Somos hijos en el Hijo y por tanto moradores en su casa. “Cristo, como Hijo está al frente de la familia de Dios; y esa familia somos nosotros” (Heb. 3, 6).



Desde esta conexión entre hijo y casa, podemos mirar de nuevo al hijo pródigo que huyó de la casa paterna, abandonando a su padre y despreciando la vida en familia. Prefirió vivir lejos a vivir en la casa. Eligió la esclavitud en lugar de la familia. No sospechó que fuera del hogar había mucha soledad y se vivía a la intemperie.

A la pendiente destructiva del “ojo por ojo y diente por diente” (cf. Mt. 5, 38), que conduce a todos tuertos o desdentados, Jesús opone: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rogad por los que os calumnian” (Lc.6,27-28). Odio por odio intensifica la cadena del odio; responder a la violencia violentamente fortalece la espiral de violencia. En cambio, la persona auténticamente fuerte es la que puede romper la cadena del odio. Si el amor no quiebra el dinamismo del egoísmo y la prepotencia, terminamos siendo víctimas de nuestro orgullo, que no se doblega y de nuestra terquedad reforzada por la pasión vengativa.

A veces nos empeñamos en no corregir el falso camino emprendido. Se apodera de nosotros un resentimiento que nos oprime; sólo con el poder más fuerte del amor, del perdón y de la reconciliación podemos dar el brazo a torcer, saliendo de nuestros pensamientos que se nutren de nuestro interior revuelto y destructor. La huida del hijo pródigo a un país lejano, podemos reproducirla cada uno de nosotros en nuestra historia y a nuestro modo.

Antes de terminar me parece oportuno, en este Encuentro de Equipos de Nuestra Señora recordar la magnífica Exhortación Apostólica *Amoris laetitia*. Remito al capítulo cuarto, que el mismo Papa Francisco considera como el corazón del documento, titulado “El amor en el matrimonio”. El amor es una palabra muy utilizada y con frecuencia desfigurada. Santa Teresa de Jesús se



lamentaba de que algunas realidades la habían robado el nombre. Se necesita en nuestra cultura rescatar la excelencia de esta palabra y su precioso contenido. El capítulo aplica a la familia, a los esposos entre sí con sus hijos, el llamado himno de la caridad de 1 Cor. 13. Con matices bellos y sugestivos explicita las características del amor cristiano, que halla en Jesús su perfecta encarnación y debe iluminar la existencia de sus discípulos. El amor es la síntesis, la concentración, la fuerza y el “alma” de los mandamientos de la Ley de Dios. “Toda ley alcanza su plenitud en el precepto “amarás al prójimo como a ti mismo” (cf. Gál.5,14). Esto debe realizarse en todo matrimonio; los esposos tienen en el amor de Jesucristo un espejo para contemplar la grandeza y la belleza de su amor. La Exhortación *Amoris laetitia* es muy rica en enseñanzas, sugerencias y exhortaciones. El amor es entrega y acogida recíproca, mutuo respeto, paciencia y servicio, humildad y perdón. “Revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra el otro. El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta” (Col. 3, 12-14; cf. Ef. 4, 1-2. 32). “El amor puede ir más allá de la justicia y desbordarse gratis, “sin esperar nada a cambio” (Lc. 6, 35), hasta llegar al amor más grande, que es dar la vida por los demás” (Jn.15,13) (*Amoris laetitia* 102). Los preceptos se cumplen amplia y generosamente por el amor.

“El amor matrimonial no se cuida ante todo hablando de la indisolubilidad como una obligación, o repitiendo una doctrina, sino afianzándolo gracias a un crecimiento constante bajo el impulso de la gracia” (*Amoris laetitia* 134). Esta forma de libertad para amar es la victoria sobre la ley y el pecado. El amor cristiano, cuya fuente incesante es el Espíritu de Jesucristo entregado por



Equipos Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro  
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

**Fátima 2018**

*16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio*

---

nosotros y vivo para siempre, imprime su originalidad en el matrimonio cristiano (cf. Ef. 5, 21 ss.). Las familias están llamadas también a evangelizar ejerciendo el precioso servicio de ser referentes luminosos para cuantos añoran la familia porque la han perdido, porque nunca la han tenido o porque se preparan a constituir su propia familia.

**Ricardo Cardenal Blázquez Pérez**

Arzobispo de Valladolid

Presidente de la Conferencia Episcopal Española